



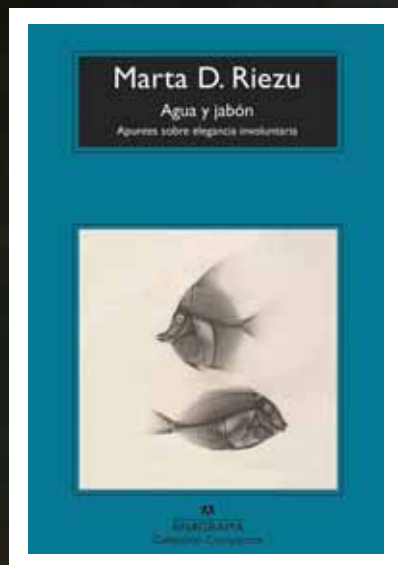
Después de la
pandemia "somos
exactamente los
mismos", dice Riezu.

ESCRITORA:

Marta D. Riezu,
“LA ELEGANCIA ES OTRA
PALABRA PARA LA AMABILIDAD”

EL LIBRO “AGUA Y JABÓN: APUNTES SOBRE ELEGANCIA INVOLUNTARIA” TRAZA UN MAPA SUBJETIVO SOBRE EL REFINAMIENTO DESDE TODOS LOS ÁNGULOS POSIBLES. AQUÍ, LA AUTORA DEL VOLUMEN EXPLICA SU INTERÉS POR LA DISCRECIÓN, DESCRIBE LA FASCINACIÓN QUE LE PRODUCE LA GRACIA SIN PRETENSIONES (“NO PORQUE LO DIGA UN MANUAL DE PROTOCOLO O UN *INFLUENCER* BOBO”) Y ADMITE, DE PASO, SU RASGO MENOS ELEGANTE: LA IMPACIENCIA ANTE LA ESTUPIDEZ Y LA MALDAD.

Por Nicolás Lazo Jerez



© LEILA MÉNDEZ

Quando la periodista catalana Marta D. Riezu

(43) publicó la versión original de su ensayo “Agua y jabón: apuntes sobre elegancia involuntaria”, en abril de 2021, supuso que el libro tendría una circulación acotada. El motivo era estrictamente logístico. Terranova, el sello independiente a cargo de esa edición, cumple sagradamente una norma autoimpuesta de no reeditar ni reimprimir ninguno de sus títulos. Pero la historia fue otra: el boca a boca hizo lo suyo, el tiraje de 1.500 ejemplares se agotó con rapidez y el gigante Anagrama decidió comprar los derechos del volumen, que repuso en las librerías españolas a fines de junio pasado.

Ella, eso sí, matiza su entusiasmo con humor. “Hace mucha ilusión a la editorial y al autor, ni te cuento, pero somos cuatro gatos los excitados con todo esto”, posteó en su cuenta de Instagram un par de semanas antes del nuevo lanzamiento.

—Terranova tiene una política que respeto mucho, que es la de dar oportunidades a cuantos más autores, mejor —detalla Marta desde Barcelona, donde vive y trabaja—. Si al año editan 10 títulos, en lugar de “estancarse” en uno porque tiene un cierto éxito, emplean el dinero que destinarían a esa reimpresión para editar otro nuevo. Como táctica de negocio es suicida, dicho por ellos, pero las tiradas limitadas, muy comunes en los libros de arte o en las colaboraciones de moda, también dibujan unos límites interesantes.

En “Agua y jabón”, cuya llegada a Chile se espera a fin de año, la autora emprende un recorrido personal por una serie casi infinita de tópicos —Snoopy, el hippismo, Josep Pla, los hoteles antiguos— a través de los cuales manifiesta, por cercanía o por contraste, su mirada particular acerca de la elegancia.

El título lo eligió pensando en la respuesta de Cecil Beaton ante la pregunta sobre qué define lo elegante. “Agua y jabón”, habría contestado el fotógrafo y modisto británico. “Que es lo mismo que decir: lo elegante es lo sencillo, lo honesto, lo de toda la vida”, escribe Marta D. Riezu en la sección introductoria del libro.

—¿Por qué el énfasis en la dimensión involuntaria? ¿Pierde elegancia quien la concientiza demasiado?

—Hay muchos tipos de refinamiento, pero a mí me interesa ese en concreto, el brillo sin adulterar. La persona que hace lo que hace sin darse cuenta, porque está en su naturaleza, no porque lo diga un manual de protocolo o un *influencer* bobo o una campaña de marketing. Es un destello fugaz, y quien es testigo de ello es afortunado.

—¿Se puede ser elegante sin testigos, o es por fuerza una experiencia social?

—La discreción y el silencio siempre son elegantes.

Cuanto más ampliamos el grupo, más groseros nos solemos volver. No soporto ir a comer con más de cuatro personas. Se vuelve una feria y desaparece la conversación de calidad. La elegancia es otra palabra para la amabilidad y la buena educación, y eso suele brotar en pequeños círculos.

En su tramo final, el texto incluye un “Suplemento de afinidades” donde la escritora, bajo la forma de un glosario, despliega toda suerte de opiniones sobre la materia. “Si algo se anuncia como ‘una experiencia’, no vayan”, afirma en un momento. “La frivolidad inteligente es casi el único camino que nos queda para salvarnos de los pesados”, se lee en otro pasaje.

—¿La elegancia es compatible con la participación activa —la exhibición, a fin de cuentas— en las redes sociales?

—Las redes sociales son compatibles con todo: con el descanso, la cortesía, el aprendizaje, la solidaridad. Con respetar, escuchar al otro, contribuir, huir de la estupidez. Pero hay que llevarlas con mano de hierro y limitarnos el tiempo que pasamos ahí metidos, que debería ser poquísimo. Más de media hora al día me parece un error. El problema es cuando tu oficio o tu negocio pasan a depender enteramente de ellas.

Y es que, a su juicio, la elegancia también implica un posicionamiento moral. “El elegante siempre está atento al prójimo y se rebela contra la comodidad”, planteó en una entrevista reciente a la revista Vogue. Dicho esfuerzo “hace más difícil volverse cruel, creído o cínico con la edad”, agregó en esa ocasión.

—¿La crisis sanitaria nos volvió un poco más empáticos, como alguna vez se pretendió?

—Somos exactamente los mismos. En la naturaleza humana cabe lo mejor y lo peor de forma simultánea, lo que resulta desconcertante. El que era imbécil continúa imbécil, el caritativo lo seguirá siendo. Yo pasé la pandemia azorada y con terror a perder a alguien de los míos, pero a título personal, en paz, porque mi posición es privilegiada y no me faltaba nada.

**CECIL BEATON
DEFINIO LO
ELEGANTE COMO
“AGUA Y JABÓN”.
“QUE ES LO
MISMO QUE
DECIR: LO
ELEGANTE ES LO
SENCILLO, LO
HONESTO, LO DE
TODA LA VIDA”,
ESCRIBE RIEZU.**





Poco después, dice:

—Con la crisis climática venimos avisados desde hace 30 años, pero nadie quiere renunciar al confort, la abundancia y el estatus. Yo lo doy todo por perdido, pero no por ello dejaré de cumplir con mi deber como ciudadano y como ser humano. Mi única renuncia inflexible ha sido no querer traer hijos al mundo. Sabiendo lo que sabemos, no parece lo más prudente.

—**¿Algún rasgo propio que considere poco elegante?**

—No tengo ninguna paciencia con la estupidez, el incivismo, la cara dura, la maldad gratuita, ir de más listo que el de al lado. Me pone muy agresiva y no me gusta nada ese lado de mí.

Dar la talla

Marta Domínguez Riezu (“Mi madre murió cuando yo era joven, y quise tenerla presente dando más uso a su apellido poco común”) nació en Tarrassa, una ciudad situada en el sur de la provincia de Barcelona. De niña frecuentaba la playa de Calafell, donde recuerda haber vivido sus horas más felices, y ya desde los nueve años llevaba un diario consigo. Ahí “vuelco el desahogo y la incredulidad. Apunto impresiones y me reconcilio con mi faceta perdedora. Es un déjenme tranquila, triunfen ustedes”, consigna en “Agua y jabón”.

Con el tiempo, ese ejercicio de escritura fragmentaria se convirtió en un método de trabajo que explica la naturalidad con la que aborda aspectos tan diversos de la cultura.

—Tengo una libreta y un boli y un par de ojos que medio funcionan. No soy uno de esos autores con una pizarra enorme en su casa llena de post-its, como en (la serie) “The Wire”. Yo veo algo que me interesa y lo apunto, sin más. Luego ya investigo. Ese espigar es muy placentero, es lo mejor del proceso de escritura. Pero tampoco lo puedes eternizar.

Desde hace más de dos décadas, Marta colabora en medios como El País, El Mundo, La Vanguardia y Vanity Fair. Esa tribuna le ha resultado cómoda. De hecho, reconoce, jamás se imaginó a sí misma haciendo algo distinto.

—Siempre he vivido de esto y nunca he tenido dudas. Es un pequeño milagro y una gran fortuna. No tiene nada de exótico, por otra parte. Muchas personas escriben. El reto no es solo lograr decir lo que quieres decir, que ya cuesta, sino conectar con el lector. Una alquimia misteriosa.

Además de desempeñarse en la productora televisiva Goroka, actualmente la periodista escribe la columna semanal “Radicales libres” para la edición hispana de la revista Elle. Ahí publica anotaciones dispersas sobre capitalismo, muebles modulares de resina, salud mental y cajas de merengues. “Cosas que sí y cosas que no”, como reza la bajada de cada entrega. Todo, sin embargo, cruzado por uno de los intereses más presentes a lo largo de su carrera: la moda.

—Perseguí a una editora y con 19 años empecé con pequeños textos tontos sobre tendencias, tiendas, desfiles. Con el tiempo ves que con la excusa de la moda puedes hablar de historia, política, sociología, urbanismo, economía, arte...

Por eso no sorprende que en su primer libro, “La moda justa: una invitación a vestir con ética” (Anagrama, 2021), haya decidido reflexionar sobre la necesidad de evitar la acumulación inútil y de usar vestimentas producidas en un

GETTY IMAGES



GETTY IMAGES

“NO TENGO NINGUNA PACIENCIA CON LA ESTUPIDEZ, EL INCIVISMO, LA CARA DURA, LA MALDAD GRATUITA, IR DE MÁS LISTO QUE EL DE AL LADO. ME PONE MUY AGRESIVA Y NO ME GUSTA NADA ESE LADO DE MÍ”.

contexto digno.

—**Se trata de una idea aplicable a muchos ámbitos de la economía.**

—El eje central de ese libro —que denuncia la moda rápida y lo desechable— es: lo que compras (lo que vistes, lo que comes, qué transporte eliges) tiene consecuencias. Sí, sin duda las empresas deben responder por lo que hacen, pero, dejando aparte eso, ¿das tú la talla como consumidor? ¿Te importa un pito a quién beneficia o perjudica tu dinero?

La falta de voracidad también caracteriza su relación con la escritura. No acaricia, dice, nuevos proyectos de libros. No hasta que surja algo que la convenza por completo. “Soy lenta, y ya está. Para llegar a hacer un buen trabajo, hay que plantarse”, confiesa en una de las páginas de “Agua y jabón”.

—Trabajo en televisión y escribo en los ratos que me quedan con las migas de voluntad restantes. No tengo grandes estrategias editoriales preparadas, como ves. Iré haciendo cuando se pueda y solo si veo que la idea es medio buena. Ya hay demasiado libro malo como para que venga yo a añadir más ruido. ■